

Opera prima

Julien Dartois
Paris, Francia

Son las 10.30 de la noche; como cada jueves vuelvo del entrenamiento de voleibol, y como cada jueves, después de entrenar, me zampo un bocadillo en el camino, hoy toca paté de hígado de cerdo; claro que se trata del entrante, ya que me espera algo más completo en casa. Estoy un poco cansado pero la verdad hoy me ha hecho bien hacer deporte, últimamente ando muy estresao con los exámenes, que no sé por qué siempre que se acercan las vacaciones, a los profes les da por poner exámenes todos los días.

No hay nadie en la calle. El alumbrado público no funciona, pero conozco de memoria el camino a casa, creo que hasta con los ojos vendados podría llegar ahí sin caerme. Estoy hecho todo un experto en eso de caminar a tientas ahora que llevamos varias semanas sin luz en el edificio por culpa de los drogadictos del barrio que se pasan el tiempo cortando los cables eléctricos en el hueco de la escalera. Mamá está hasta el gorro con esos maleantes, dice que por qué no nos mudamos, que ya está bien de gentuza, que a ver cuándo nos pasamos a una zona un poco más decente, pero papá erre que erre le dice que no podría cambiarse, que aquí se crió y aquí se morirá...En fin para qué me pongo a pensar en esos drogatas.

Plaf, la puerta de un coche se cierra en un ruido ensordecedor y me parece oír el sonido de unos tacones aguja. Vaya, pienso yo, por poco se le cae la puerta. Qué borde puede llegar a ser la gente a veces.

El ruido de esos tacones aguja que poco a poco van llenando el silencio de la calle, el coche que da marcha atrás, un frenazo, dos voces que se injurian, un “cabrón, hijo de puta”, un “te voy a partir la...”, insulto que me llega truncado por los acelerones que da el coche. Frenazos y acelerones alternan hasta que el coche para en seco, otro portazo, el taconeo se acelera y le siguen otras pisadas, cuyo ritmo se hace más rápido; trato de acelerar el paso para agrandar la distancia entre esas pisadas y las mías; pero parece ser que los tacones se percataron de la presencia de un tercero en el cual han de esperar encontrar alguna forma de amparo, solidaridad o qué sé yo..., ¿sabrá que en pocos metros me meteré al portal de mi edificio? ¿Querrá seguirme y esconderse en las escaleras del

*edificio? Ahora los tacones casi me pisan los talones, marco el código; intento cerrarle la puerta en los morros pero su bolso impide que se cierre la puerta, el vaho tibio que exhala su boca me hiela el cuello; dice, jadeante:
- Déjeme entrar, ¡se lo suplico!*

Pasa página para proseguir la lectura de un cuento cuyo final recuerda perfectamente a pesar de los quince años transcurridos. Pero la calificación, ese 4/10 y el comentario dejados a pie de página por el profesor con esa letra febril, roja y contundente lo distraen de su propósito. El comentario suscita la misma incompreensión, el mismo sentimiento de injusticia que quince años atrás. Da un puñetazo en el escritorio y rasga los folios. Con paso decidido y ágil se dirige hacia la ventana, sorteando los escollos que van obstruyendo su acceso: los libros, cuadernos y fotos sacados del baúl de los recuerdos que abre cada vez que le da por limpiar y ordenar su cuarto. Concluida la limpieza, se suele ver poca diferencia entre el antes y el después, al menos a primera vista, ya que sacar libretas y carpetas, postales y periódicos, revisarlos, cambiarlos de lugar o tirar algunos de ellos lo ayuda a poner un poco de orden a sus pensamientos, retomar asuntos del pasado o darles carpetazo, como lo pretende hacer hoy con ese primer cuento suyo, resurgido de quince años de exilio bajo su cama. Perderse entre papeles y apuntes, cuadernos y dibujos es una forma de reencuentro, lo ayuda a tender un puente entre pasado y presente, considerar acontecimientos e incongruencias, que la mirada retrospectiva intenta secuenciar con aparente lógica.

Baja las escaleras para salir un rato a tomar el fresco. Por lo visto se proyectaba demasiado en su personaje, carecía de imaginación... bueno, al menos eso rezaba el comentario... y por añadidura agravio al cuerpo de profesores, piensa él... Tanto espíritu crítico que intentan desarrollar los profesores para luego ofenderse cuando esas mismas flechas los amenazan. En la calle, marca una etapa en una panadería donde compra un croissant que se come compulsivamente para desquitarse. Camina unos cinco minutos, los necesarios para que se le pase el enojo, y regresa a su casa. Sube de dos en dos los escalones hasta llegar a su piso; abre la puerta, se quita los zapatos atropelladamente y corre hacia el escritorio, esquivando cuadernos y libros.

Se sienta cómodamente en su sillón de mimbre amarillo, prende la computadora. La computadora ya es un poco vieja y en lo que tarda en aparecer la foto de su abuela en el fondo de pantalla decide fumarse un cigarro. Abre una página de Word. Piensa que el momento elegido hace quince años es idóneo, aunque quizá un poco tópico. Eso sí, toca cambiar de protagonista, porque ya no se identifica nada con ese niño que juega al voleibol, aunque tampoco se trata de que se identifique demasiado con su personaje para no incidir en el mismo error de antes. Enseguida empieza a darle a las teclas con un ritmo frenético.

L tic A tic C tic A tic L tic Z tic
 A tic D A tic, hú tic metic da tic parecetic cobrar
 vida tic: su costra negra suda gotas grasientas y exhala... tic ese
 aroma urbano a alquitrán de los días de lluvia cuyo rastro
 intensifica la oscuridad, la cual a la par que incapacita la vista,
 aguza el olfato y el oído.
 El caer de unas gotas de lluvia que se estrellan en charquitos, un
 lejano taconeó; el susurro del viento por entre las ramas, los
 mismos tacones ya más cercanos; deslizarse de un coche en la calle
 empapada, el ritmo más acompasado de los tacones; unas pisadas
 masculinas tras los tacones, los tacones que me salpican pantalones
 de agua.
 ¡Lo siento!, musita su boca.
 El olor a alquitrán ya le cede a una fragancia barata y tosca gric
 que bien podría ser la de un ambientador de baños. Ya tengo
 suficientes elementos como para figurarme el aspecto del ente que
 me pisa los talones.
 Su mano gric cuyos dedos pocos afilados vienen enfundados en
 anillos, sortijas y otras baratijas se posa en mi hombro mientras su
 gric aliento tibio me recorre la nuca gric; carraspea y su voz grave
 me dice gric:

El gric de los borborigmos cada vez más frecuentes parece competir con el tic de las teclas. Coño, exclama, sí que tiene razón Ale cuando dice que quién en pan piensa, hambre tiene. El amor al arte sí, pero con la panza llena. Desde luego el croissant estaba ya más que digerido...

- ¡Necesito gric que me gric ayutic d tic e, por tic gric f tic a

tic v tic gric o tic  tic  tic

Le da al botón guardar, apaga la computadora y baja a marchas forzadas las escaleras, llega a la cocina, de la alacena saca una lata de paté de hígado, unos pepinillos y se sirve una copa de tinto; corta varias rebanadas de pan, unta a grandes cuchilladas el pan y engulle una porción de pan sin apenas masticar; luego una pausa breve para introducir el pepinillo, y combinar el sabor agrio con el del paté y para concluir un buche de vino que disuelva la grasa del paté, haga la comida más digestible con el fin de repetir las otras dos operaciones más veces; así logra dilatar la merienda hasta que se sienta saciado y empachado. Sabe que de no ser así, no podrá concentrarse en la trama del cuento. ¿Qué le puede pedir el travestí a su protagonista?, ¿Lo anda persiguiendo por la calle el mismo hombre de la primera versión? ¿O conviene posponer la irrupción del asesino en serie?; quizá termine el cuento de otra manera. También podría añadirle una dedicatoria incisiva al maestro, no, a ése no, total para qué, si ya habían pasado más de quince años pero sí a los posibles lectores de este cuento “¡Estimado lector espero que seas más benévolo en tu juicio para no tenerme encerrado más horas con ese

CUENTOtic PÉ tic SI tic M tic  tic  tic ”tic  tic

/10